

CARTAGO DELENDA EST

Por León Tolstói

La Vita Internationale y *L' Humanité Nouvelle* me han enviado la siguiente carta:

“Señor: con el fin de ser útil al desarrollo de las ideas humanitarias y de la civilización, *La Vita Internationale* (Milán), con el apoyo de *L' Humanité Nouvelle* (París y Bruselas), ha creído su deber interesarse en el difícil problema que últimamente se ha mostrado en toda su gravedad e importancia a causa de la delicada cuestión por la cual Francia y el mundo entero se han apasionado tan vivamente: nos referimos al problema de la guerra y al militarismo. Con este fin, rogamos a todos los que en Europa ocupan un lugar eminente en la política, las ciencias, las artes y el movimiento obrero, y hasta a los mismos militares, contribuyan a esta obra altamente civilizadora, enviándonos sus respuestas al cuestionario siguiente:

1º La guerra entre las naciones civilizadas, ¿es exigida aún por la historia, por el derecho y por el progreso?

2º ¿Cuáles son los efectos intelectuales, morales, físicos, económicos y políticos del militarismo?

3º ¿Cuáles son las soluciones que conviene dar en interés del porvenir de la civilización universal a los graves problemas de la guerra y del militarismo?

4º ¿Cuáles son los medios que conducen lo más rápidamente posible a estas soluciones?

I

No puedo ocultar los sentimientos de repulsión, de indignación y hasta de desesperación, que esta carta ha provocado en mí.

Hombres de nuestro mundo cristiano instruidos, dotados de entendimiento, buenos, profesando la ley del amor y de la fraternidad, considerando el homicidio como el más grande de los crímenes, incapaces, salvo raras excepciones, de matar por sí mismos a un animal, se dedican sin remordimiento, cuando el crimen se llama guerra, a matar, a saquear, y se jactan de ello.

Este mismo fenómeno se repite en todas partes. La gran masa, los obreros, enfundados en uniforme, se entregan al asesinato y a la rapiña; pero hay que declarar a favor de ellos que el crimen no es iniciativa suya, que no lo preparan ni lo desean, pero que participan de él constreñidos y forzados, ya que cada individuo, al ser alistado aisladamente, considera que su situación será mucho peor si se resiste a intervenir en estas violencias.

La ínfima minoría que vive en el lujo y en el ocio, al mismo tiempo que hace trabajar a los obreros, prepara las matanzas y las rapiñas de la guerra, forzando a la masa desheredada a que sea su cómplice.

Este estado de cosas dura desde hace muchos siglos; pero sólo recientemente ha llegado a su último grado la audacia de la minoría, consagrándose, la parte más considerable del trabajo popular, a los preparativos de matanza y de pillaje.

En todos los Estados donde el régimen constitucional está establecido, todo el mundo, sin excepción, se ve llamado a tomar parte en la matanza, gracias al servicio militar obligatorio. Entre los Estados las relaciones son cada vez más oscuras, y se provocan las guerras sin saber por qué.

Naciones pacíficas se ven atacadas sin ningún motivo, y no pasa un año sin que se mate o se robe en un lugar cualquiera de la tierra, lo que obliga al mundo a vivir en el perpetuo temor de un conflicto general.

Es evidente que esta situación de alarma obedece a que las masas viven engañadas por una minoría, a la que el engaño sirve de gran provecho. Es evidente también que el medio de defender a la masa de estos exterminios mutuos, es demostrarle cómo y por quién es engañada.

En vez de esto, los hombres esclarecidos, con el pretexto de coadyuvar al establecimiento de la paz, se congregan un día en una ciudad Europea y al poco tiempo en otra, y sentados con gesto grave ante mesas cubiertas por un tapete verde, argumentan sobre el mejor modo de persuadir a los bandidos que viven de sus rapiñas, para que abandonen su oficio, y se conviertan en ciudadanos pacíficos.

Después ellos proponen temas trascendentales.

1º La guerra entre las naciones civilizadas, ¿es deseada aún por la historia, el derecho y el progreso?

¡Como si las ficciones que los hombres hemos imaginado y que llevan estos pomposos nombres pudieran exigir de nosotros el desconocimiento del principio moral y fundamental de nuestra vida!

2º ¿Cuáles son los efectos de la guerra?

¡Como si se pudiera dudar un instante de que los efectos de la guerra serán eternamente la desgracia general y la perversión del universo!

3º ¿Cómo resolver el problema de la guerra?

¡Como si hubiera algún problema que resolver en el acto simple de emancipar a los hombres de la mentira en que viven!

Estas preguntas son verdaderamente asombrosas.

¿No vemos todos, por ejemplo, a ciertos hombres de buen porte, tranquilos y hasta en cierto modo felices, ir todos los años a timbas internacionales como la de Monte Carlo y perder en provecho de los dueños de la banca dinero, salud, honor y hasta muchas veces la vida?... Sentimos piedad por esos desgraciados, vemos perfectamente que se ilusionan creyendo en la posibilidad de ganar, aunque saben que lo más seguro es perder; pero todos ellos esperan, aunque sólo resulte por una vez, ser más afortunados que los otros.

Y en este caso, en vez de indicar a los jugadores las consecuencias desgraciadas que les aguardan, de persuadirlos que el juego es inmoral, ya que está basado en la desgracia de los otros, nosotros nos reunimos gravemente y discutimos la cuestión de saber cómo podremos lograr que los explotadores de las casas de juego cierren voluntariamente sus establecimientos; y consagramos al asunto numerosas memorias y nos preguntamos si la historia, el derecho y el progreso QUIEREN la existencia de casas de juego y qué efectos económicos, intelectuales y morales puede producir la ruleta.

Si yo le digo a un hombre dado a la bebida que no debe embriagarse más, puedo esperar que siga mi consejo, pero si le digo que su embriaguez constituye un problema difícil y complejo, que nosotros los sabios reunidos en asamblea intentaremos resolver, todo hace esperar que el hombre seguirá emborrachándose mientras el famoso problema se resuelve.

Lo mismo ocurre con los procedimientos complejos y científicos puramente exteriores y falsos, empleados para que desaparezca la guerra. Esto es lo que resultan los tribunales de arbitraje, las conferencias internacionales para la paz y otras engañosas, mientras se calla el medio más simple, real y evidente para acabar la guerra.

Para que la guerra desaparezca no hacen falta el derecho internacional, ni los tribunales de arbitraje, ni las conferencias y congresos: basta simplemente con emanciparse, de la mentira, *du spell*, de las brujerías, que obscurecen la visión de las cosas.

Que aquellos a los cuales no reporta la guerra ningún provecho y que consideran como un crimen el tomar parte en ella, se abstengan de guerrear y todo quedará hecho.

Este medio ha sido preconizado desde la antigüedad por los escritores cristianos Tertuliano y Orígenes; por la secta de los paulusianos y por sus continuadores los cuáqueros, los menonitas, los heruguter y los escritores modernos Dimond, Harrison y Balu. Por mi parte hace veinticinco años que no ceso de mostrar el pecado, el mal y la locura del servicio militar.

Este medio ha sido ya aplicado hace mucho tiempo, y en nuestros días por tentativas, cada vez más repetidas, de individuos aislados en Austria, en Prusia, en Suecia, en Holanda, en Suiza, en Rusia, así como por comunidades enteras, tales como los cuáqueros, los menonitas, los nazarenos y recientemente los doukhobors. Hace tres años que estos últimos, en número de quine mil, luchan contra el poderoso gobierno ruso y

rehúsan, a pesar de todas las persecuciones de que son objeto, servir en el servicio militar.

Pero, lejos de proponer estos medios, los titulados amigos de la paz no quieren oír hablar de ellos, fingen no conocerlos o bien se encogen de hombros como con piedad ante los ignorantes que apelan a un procedimiento ineficaz y estúpido.

Para estos sabios, que indudablemente han descubierto el medio de asar la manteca, lo lógico y razonable es persuadir a los gobiernos, que viven gracias a la violencia y la mentira, que deben abandonar la mentira y la violencia.

II

Quieren hacernos esperar a que las dificultades que surjan entre los gobiernos sean resueltas pacíficamente por los tribunales internacionales de arbitraje.

Pero yo creo que los gobiernos no tienen ningún interés en que los conflictos se resuelvan pacíficamente: al contrario, son ellos los que buscan medios para suscitarlos, pues esto justifica el mantenimiento de los ejércitos que aseguran su dominación.

Los amigos esclarecidos de la paz buscan simplemente el apartar a la masa obrera del único medio que podría emanciparla de la esclavitud en que se la mantiene primeramente, inculcándole desde la infancia el sentimiento del patriotismo; después por medio de la religión, valiéndose de los sacerdotes, que para este efecto son mantenidos, y últimamente por la amenaza de los castigos.

Pero la mentira patriótica que nos hace creer que nuestra nación es superior a las otras naciones, ese sentimiento que nos arrastra a guerras inútiles y nefastas, es una mentira que resulta evidente hoy que las relaciones pacíficas de vida entre los pueblos resultan cada vez más fáciles.

Del mismo modo que la gente se deja seducir cada vez menos por esa mentira religiosa que exige el juramento de fidelidad, cuando el Evangelio, reconocido por el gobierno como libro santo, prohíbe el juramento.

Sólo el miedo a los castigos es lo que impide que la gran mayoría de las gentes se niegue a empuñar las armas. Pero este temor no es igualmente más que el resultado de la mentira, en la que el gobierno mantiene a la masa: un puro efecto de sugestión.

El gobierno teme más que a nadie a los que se niegan al servicio militar. Cada negativa atenta al prestigio del embuste en el que mantiene el gobierno a sus súbditos. En cambio, los rebeldes al servicio militar no tienen ninguna razón para temer al gobierno. Negándose a tomar las armas, se corre menos peligro que empuñándolas. Frecuentemente, las penas en que se puede incurrir son la prisión o el confinamiento, y esto, en cierto modo, es una seguridad de librarse de los peligros de muerte del servicio militar.

Entrando en el ejército se corre el riesgo de hacer la guerra, de encontrarse en las condiciones más penosas, de ser mutilado o muerto, alternativas que se diferencian muy poco de las que sufre un condenado a pena capital. Yo he sido testigo en Sebastopol, durante la guerra de Crimea, del envío de un regimiento a un bastión donde poco antes dos regimientos habían sido exterminados. Y este tercer regimiento permaneció en el sitio de peligro hasta que todo su efectivo cayó bajo las balas.

Y aun en el caso feliz de no ser muertos los soldados en el campote batalla, pueden caer enfermos y morir a causa de las malsanas condiciones de vida militar.

Puede igualmente ocurrirles, que ante el ultraje que les infiera un superior no puedan contenerse y respondan con una grosería, medio seguro de atraerse un castigo mucho más grave que el que les hubiera valido su resistencia a servir.

En fin, lo mejor que puede sucederles es que, en vez de ser encarcelados o deportados como refractarios al servicio militar, vivirán durante tres o cinco años en el medio pernicioso del cuartel preparándose para el asesinato; y allí no serán más libres que en la cárcel, y sufrirán la humillante sumisión de obedecer a hombres perversos.

Además, si una gran mayoría siguiese el ejemplo saludable de negarse al servicio, los refractarios podrían contar con la seguridad de que esa rebeldía quedase impune. El gobierno no encontraría personas para imponer el castigo a los que se resistiesen a su mentira. El número de las gentes que aún viviesen engañadas, sería insuficiente para la represión de los que se negasen a participar de las violencias.

La sumisión al servicio militar es, pues, una especie de hipnotismo, el salto en el agua absolutamente inútil y peligroso de los borregos de Panurgo.

III

Además del interés personal hay otra razón que debe determinar la negativa a tomar las armas. Todo hombre que viva sustraído a la influencia hipnótica y tenga conciencia de sus actos, no debe desear una existencia inútil y sin finalidad: al contrario; debe estar animado del deseo de servir a Dios y a los hombres.

Con frecuencia su vida transcurre sin que se presente ocasión para sacrificarse. El llamamiento a las armas es la ocasión. Así, todo aquel que se niega a servir militarmente, o a facilitar los recursos en forma de impuesto para el mantenimiento del ejército, es un servidor de Dios y de los hombres; pues de ese modo concurre efectivamente al progreso de la humanidad, a su movimiento hacia una organización social más perfecta.

Pero, además del interés y del deber, existe la IMPOSIBILIDAD de servir para aquellos hombres de nuestra época que se han sustraído al hipnotismo general.

Hay actos cuyo cumplimiento es tan imposible moralmente, como lo son ciertos actos físicos.

Este acto moralmente imposible, es la sumisión servil a hombres perversos que tienen por único fin de su vida el matar a sus semejantes.

Por esto digo que no descansa únicamente en el interés y el deber de todo hombre de nuestro tiempo su rebeldía a servir, sino que, además, le es moralmente imposible hacer otra cosa, si se halla libre de la influencia del aturdimiento hipnótico.

“¿Pero que será de nosotros –dirán muchos- cuando, faltos de ejército, los malos no tendrán motivo para temernos, y no nos podremos defender de los salvajes (especialmente de la raza amarilla), que nos invadirán y nos esclavizarán?”

Y, sin embargo, nadie ve que los malos triunfan desde hace mucho tiempo, y luchando entre ellos dominan y esclavizan a los cristianos. No debemos tener como un nuevo peligro lo que existe desde hace mucho tiempo.

Además, el miedo a los salvajes y a los amarillos, cuya animosidad provocamos con frecuencia, y a los que enseñamos el manejo de las armas, no es más que un fútil pretexto, pues una centésima parte de las tropas que hoy mantiene Europa bastarían para defendernos de este peligro imaginario. Aparte de esto, las imposiciones sobre consecuencias de tal o cual de nuestros actos, no debe determinar previamente su conducta.

Por encima de todo lo que existe, el hombre posee un guía cierto para su conducta. Este guía es su conciencia, y obediéndola sabe el hombre lo que debe y lo que no debe hacer.

Todo lo que se dice sobre los peligros que corre el individuo que se niega a alistarse, así como del riesgo que amenaza a toda la sociedad el día en que no tenga una defensa armada, todo forma parte de la horrible mentira universal que pesa sobre la humanidad cristiana y que es mantenida cuidadosamente por los gobiernos que subsisten merced a ella.

El hecho de obedecer a la razón, a la conciencia, a Dios, forzosamente ha de procurar la felicidad, tanto del individuo, como a la comunidad de que es miembro.

Los hombres de hoy se lamentan de las malas condiciones de existencia en nuestro mundo cristiano. Pero no puede ser de otro modo, ya que habiendo reconocido hace miles de años como obligatoria la ley divina “no matarás” y la ley de amor y fraternidad, abjuramos de estas leyes fundamentales para ir a las ordenes de un Presidente, de un Embajador o de un Rey a disfrazarnos con un uniforme propio de un bufón, asir un arma y decirnos: –“Estoy pronto a arruinar, a mutilar, a matar a todo aquel que me será indicado”.

¡Qué horrible sociedad es esta!

¡Despertad, hermanos míos! No escuchéis a los miserables que os contaminan desde vuestra infancia del espíritu del patriotismo, cuyo sólo fin reside en despojaros de nuestros bienes, de vuestra dignidad y vuestra libertad. No escuchéis a los viejos

sobornadores con hábito religioso que predicán la guerra en nombre de Dios, de un Dios cruel y vindicativo que es propiedad de ellos, pues ellos lo han inventado.

No creáis a ninguno de ellos. Fiaos solamente de vuestro sentimiento, que os dice que no sois animales o esclavos, sino hombres libres, responsables de vuestros actos, y que por esto no podéis convertirlos en asesinos, ni por vuestra voluntad ni por la de aquellos a quienes aprovecha el asesinato.

Os basta abrir los ojos para daros cuenta de todo el horror de lo que estáis consintiendo, y para no perseverar en el mal que causa vuestra pérdida.

Tan pronto como os abstengáis del mal, desaparecerán, como los búhos que huyen de la luz, los impostores que hoy dominan, que os pervierten primero y os torturan después. Al propio tiempo, las nuevas condiciones fraternales de la vida se establecerán por ellas mismas, pues hacia ellas marcha la humanidad cristiana, harta de sufrir la mentira en que se la mantiene.

Que cada hombre, repeliendo todas las consideraciones complicadas, los exámenes profundos y las previsiones a larga fecha, siga simplemente los consejos de su conciencia.